

sionados con otros, la situación se iba poniendo cada vez más tirante y mayores eran las desconfianzas entre ingleses y españoles por una parte y franceses por otra, mucho más después que Almonte, protegido por un batallón francés, avanzó de Veracruz á Córdoba. Para poner fin á este estado de cosas, los primeros dirigieron el 23 una nota á sus colegas diciéndoles «que en vista de la actitud tomada por la parte francesa de la expedición aliada y del carácter de las resoluciones adoptadas por los jefes franceses, no conformes á lo estipulado en la convención de Londres, les invitaban á una conferencia á fin de que las explicaciones á que diera lugar sirvieran para fijar la conducta que todos de común acuerdo, ó cada uno separadamente, si la avenencia no fuera posible, debieran tener de allí en adelante. Efectuóse la conferencia, y á consecuencia de lo acordado en ella el jefe francés dió orden para que Almonte y los demás emigrados regresasen á Veracruz; pero á los pocos días volvió sobre su acuerdo y dejó la orden sin efecto.

No transcurrió mucho tiempo sin que el ministro mejicano de Relaciones exteriores dirigiera una nota á los comisionados de las tres potencias manifestándoles que la presencia de Almonte y sus compañeros de emigración en territorio mejicano era una amenaza criminal contra la paz pública, objeto principal de las altas potencias aliadas, tan interesadas en su conservación como era necesario al bienestar general y al feliz término de las cuestiones pendientes entre ellas y la República, por lo cual el supremo gobierno pedía á los comisarios que dispusieran que las personas mencionadas fueran reembarcadas desde luego y enviadas fuera de la República.

Con objeto de ponerse de acuerdo para contestar á esta petición, los representantes de las tres potencias se reunieron en Orizaba el 9 de abril. En ella el general Prim y sir Wyke manifestaron que la presencia de Almonte entre las tropas francesas y el apoyo por parte de éstas de los planes que á Méjico le habían llevado eran incompatibles con lo pactado en el convenio de Londres así como en el de la Soledad, y por consiguiente, ó se accedía á lo solicitado con justicia por el gobierno mejicano, ó se retirarían con sus fuerzas. La discusión, serena y cortés al principio, se fué acalorando hasta el punto de convertirse por parte de M. Dubois de Saligny en desagradables alusiones personales contra el general Prim, y como los dos comisarios franceses se negaran en absoluto á retirar su protección á Almonte, dióse por terminada la conferencia anunciando ingleses y españoles su resolución de reembarcar sus tropas sin pérdida de tiempo, por considerar la conducta de sus colegas como una violación de los convenios.

La anunciada determinación de reembarco se realizó en efecto, y el 9 de mayo desembarcaba el general Prim en la Habana. El gobierno español aprobó su conducta «y no pasó mucho tiempo, dice el historiador mejicano Vigil, sin que se viera la justificación con que había procedido el conde de Reus, no sólo porque salvó á tiempo el honor español evitando que sus tropas se envol-

viesen en la inicua política del gabinete de las Tullerías, y se precipitasen en complicaciones gravísimas, sino porque puso término á las violentas rencillas entre mejicanos y españoles, echando las bases de una amistad sincera cuyos vínculos se han venido estrechando más cada día, pues se fundan en intereses legítimos y en respetos mutuos que nada seguramente alterará en lo porvenir.»

Quedaban ya solas las tropas francesas para llevar á efecto los planes y proyectos acariciados hacía tiempo por el emperador. Para no dar pretexto á que



El general mejicano D. Tomás Mejía

se dijera que se rompía abierta é injustamente con los preliminares de la Soledad, el general Lorencez abandonó sus acantonamientos de Tehuacán y retrocedió con sus tropas á Córdoba, dejando algunos centenares de enfermos en Orizaba bajo la salvaguardia de la lealtad mejicana; pero no tardó en avanzar nuevamente bajo el especioso pretexto de que aquellos enfermos estaban amenazados por el enemigo y que sería imprudente por su parte dejarlos expuestos «á los excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos.» Hay que advertir que los enfermos estaban perfectamente tratados en Orizaba, y de ello pudo convencerse Lorencez cuando en su nuevo avance volvió á penetrar en aquella ciudad.

Bajo la protección de dicho general, fué proclamado Almonte presidente del gobierno que titulaba legítimo, y entre todos los que le ofrecieron su concurso

figuraban los generales Mejía, de origen indio y muy influyente en la región montañosa que se extiende más allá de Querétaro, y Márquez, militar de rara energía afiliado al partido reaccionario. También el general Gálvez se presentó en el campamento francés con doscientos ó trescientos jinetes mejicanos.

El 27 de abril, Lorencez, que ardía en deseos de combatir, aunque sólo contaba con seis mil hombres válidos, pero con los cuales, según escribía al ministro de la Guerra, se prometía ser dueño de Méjico en poco tiempo á causa de la inmensa superioridad que les atribuía sobre los mejicanos, y por otra parte aguijoneado por M. Dubois de Saligny, quien le aseguraba que, á medida que avanzara, todo el país se pondría á su lado, emprendió la marcha hacia Puebla de los Angeles, plaza que Juárez había ordenado defender á todo trance, y cuya guarnición constaba de unos doce mil hombres mandados por el general Zaragoza. El 4 de mayo, el ejército francés acampó en Amozoc, sin que se hubiera presentado ninguno de los supuestos amigos de los franceses.

La ciudad de Puebla está dominada al NE. y á cosa de un kilómetro de distancia por el cerro de Guadalupe, en el que se elevaba un convento que los mejicanos habían fortificado y artillado; dicho cerro se prolonga hacia el NO. descendiendo un poco y termina en su extremo en un pequeño fuerte llamado de Loreto. Aunque no faltó quien aconsejara á Lorencez que emprendiera el ataque por el Sur, pues la situación y las obras de defensa del cerro de Guadalupe eran demasiado formidables para que fuera fácil apoderarse de él por un golpe de mano, el general francés dispuso que se asaltara dicho cerro por juzgar que su posesión tenía que dar por resultado inmediato la rendición de la ciudad.

Pronto conqció Lorencez lo desacertado de su plan. Poco antes de mediodía dió la orden de ataque, y si bizarramente acometieron los franceses y subieron impávidos al asalto, no menos bravamente se defendieron los mejicanos, haciendo unos y otros verdaderas proezas. Tres ataques sucesivos dieron los franceses al Cerro y se preparaban á dar el cuarto, cuando la caballería mejicana se presentó, y aunque fué desbaratada, logró impedir este último ataque. A las cuatro de la tarde las pérdidas de los franceses eran tan considerables, que el general Lorencez, reconociendo la imposibilidad de una nueva tentativa sobre Guadalupe, mandó dar la señal de retirada, que emprendieron sus tropas perseguidas por el cañón de los mejicanos victoriosos.

Las pérdidas del ejército francés en aquella jornada ascendieron, según el parte del general Lorencez, á unos quinientos hombres; las del mejicano, según el del general Zaragoza, á ochenta y tres muertos, ciento treinta y dos heridos y doce extraviados.

Los franceses se retiraron á sus acantonamientos de la hacienda de los Alamos, donde pasaron los días 6 y 7, y el 8 comenzaron su movimiento retrógrado, no parando hasta treinta y cuatro leguas de Puebla.

Gran júbilo causó en toda la República el triunfo de los mejicanos. El Congreso expidió un decreto declarando beneméritos de la patria á los generales,

jefes, oficiales y soldados que habían tomado parte en la defensa de Puebla y se abrió una suscripción nacional para regalar al general Zaragoza una espada de honor.

La única preocupación de Lorencez era ya acabar en paz su retirada, esquivar las emboscadas del enemigo, conservar lo que le quedaba de su reducido ejército y aguardar refuerzos de Francia.

El fracaso de Puebla por una parte y la poca armonía que mediaba entre Lorencez y Saligny, ó mejor dicho, el rompimiento de relaciones que hubo entre ambos, indujeron al emperador, que confiaba más que nunca en el segundo, á reprender en términos muy acres al general á pesar de salir á su favor el ministro de la Guerra Randón, que encontró simplemente ridículas las críticas militares de Saligny. Lo indudable era que sin fuerzas mayores ningún general podía hacer nada, y en vista de esto dió Napoleón órdenes de cuadruplicar las fuerzas francesas en Méjico. Desde fines de agosto hasta principios de noviembre desembarcaron en Veracruz más de veintidós mil franceses, de suerte que su ejército se elevó aproximadamente á veintiocho mil hombres con seis mil caballos y cincuenta cañones. Confióse el mando en jefe de esta fuerza al general Forey, al cual encargó el emperador antes de su partida que se pusiera en un todo de acuerdo con Saligny inmediatamente, ó diera á conocer, también inmediatamente, su opinión si discrepaba de la de aquel diplomático. Además dirigió á Saligny en 3 de julio una carta destinada á la publicidad, en la cual expuso sus ideas sobre el porvenir de la raza neolatina en América, y dijo que por muy importante que fuese también para Europa la prosperidad de los Estados Unidos, no podía desearse que esta República dominara todo el golfo de Méjico y desde allí toda la América del Sur, y que, fundando un gobierno fuerte, si fuese posible, una monarquía en Méjico, se restituiría á la raza latina su influencia. Esta carta nada decía de Maximiliano, y Billault declaró en la Cámara el 26 de junio que Francia reconocería toda resolución que tomara el pueblo mejicano tocante á su porvenir, aunque resultara á favor de Juárez.

El emperador mostró el mayor interés en los preparativos y en los progresos de la expedición; desde Vichy dirigió las negociaciones con un contratista norteamericano para la construcción de un ferrocarril de Veracruz á Chiquihuite y aceptó con alegría el ofrecimiento del embajador de Honduras de poner á su disposición para depósito de enfermos la isla salubre de Huatán, porque el clima de Veracruz causaba tantas víctimas que los soldados llamaban con amarga sorna al cementerio de aquella ciudad el «jardín de aclimatación» de los franceses. Mucho le disgustó que el presidente Lincoln hiciera por medio del embajador americano Corwin un convenio con Juárez que proporcionaba á este último importantes auxilios en dinero, y de muy buena gana hubiera contestado con el reconocimiento de los Estados del Sur, á la sazón en guerra con los del Norte, si Inglaterra hubiese estado dispuesta á imitarle.

Parecía natural que con las fuerzas de que disponía Forey, ordenara este

general la inmediata marcha sobre Puebla; porque el aplazarla equivalía á prolongar el descrédito moral del reciente descalabro de las armas francesas, enfriar á sus partidarios y sobre todo dar tiempo al enemigo para fortificar dicha plaza. Sin embargo, por varios motivos, unos fundados, otros especiosos, las operaciones militares sufrieron un retraso de cinco meses, con gran descontento del ejército, que ardía en deseos de tomar el desquite y que veía sus filas diariamente mermadas por las enfermedades en las tierras calientes. Durante este tiempo, sólo se habían realizado pequeñas empresas, como la ocupación de Tampico y la de Jalapa.

Por fin á últimos de febrero se puso el ejército en movimiento formando dos grandes divisiones, una á las órdenes del general Bazaine y otra á las del general Douay, y el 17 de marzo llegó delante de Puebla, plaza que durante aquel tiempo había fortificado el gobierno mejicano todo cuanto pudo. Este mismo gobierno había procurado organizar un pequeño ejército llamado del Centro, que puesto á las órdenes del general Comonfort, debía acudir en auxilio de la plaza.

Inmediatamente procedieron los franceses al asedio de ésta, y Forey dispuso el ataque, no por el cerro de Guadalupe, de triste recordación, sino por el Sur, donde sólo la protegía el fuerte de San Javier, pues conquistado éste se tendría un pie en la plaza. En efecto, en la noche del 26 de marzo se rompió el fuego de cañón, y derribados los parapetos tres días después y tras de una lucha encarnizada que costó á los asaltantes doscientas bajas, ondeó la bandera francesa en el fuerte conquistado. Pero Forey no tenía sospechas ni podía presumir cuál era el estado de las defensas interiores de la ciudad, de cuya defensa estaba en esta ocasión encargado el general González Ortega, no menos resuelto y animoso que su predecesor Zaragoza.

Haremos gracia á nuestros lectores de los detalles de este largo asedio de sesenta y un días, durante los cuales, si atacaron los franceses con tesón, los mejicanos se defendieron con tenaz bizarría. Baste decir que se peleó obstinadamente de calle en calle, de casa en casa, de convento en convento, de manzana en manzana, hasta el punto de que muchos oficiales franceses llegaron á murmurar casi en alta voz contra la política ciega ó culpable que, sin ningún interés nacional, sacrificaba una sangre tan preciosa. Momento hubo en que el general Forey pensó en levantar el sitio de Puebla y marchar en derechura á Méjico, opinión en que le apoyaron en un principio los generales Bazaine y Douay diciendo que sus soldados no querían *guerra de manzanas*; pero estos generales volvieron poco después sobre su parecer y se decidió la continuación del sitio, si bien paralizando un tanto las operaciones hasta la llegada de municiones y nuevas piezas de artillería.

La tenacidad con que luchaban sitiadores y sitiados en aquella guerra especial de calles y casas, habría dado sin duda por resultado la destrucción del ejército francés y la ruina completa de la ciudad, si el resultado de las operaciones en campo abierto no hubiera preparado un desenlace menos sangriento. Cuan-

tas tentativas había hecho Comonfort para acercarse á Puebla se habían frustrado, particularmente en los combates de Cholula y Atlixco, y en una nueva prueba que hizo dicho general mejicano para romper el asedio, fué sorprendido el 8 de mayo en San Lorenzo por Bazaine, que le derrotó con pérdida de seiscientos ó setecientos muertos y mil prisioneros. Este triunfo de los franceses tuvo un doble resultado: alejar el resto del ejército de Comonfort é introducir el desaliento en los defensores de la plaza, que careciendo ya de víveres, sólo contaban con los que aquél pudiera proporcionarle. Satisfechas, pues, en alto grado las exigencias del honor militar después de tan brillante defensa, el general González Ortega se decidió á entregar la plaza, no sin destruir antes las armas y municiones y clavar los cañones, y el 19 de mayo Forey hizo su entrada en la ciudad.

La guarnición debía quedar prisionera de guerra, pero muchos soldados habían conseguido escapar, y de los que quedaban unos fueron ocupados en deshacer las barricadas y á los otros se les incorporó á las fuerzas de Márquez; pero como podía presumirse, aprovecharon la primera ocasión para desertar. En cuanto á los generales y oficiales, decidióse que se les embarcara para Francia, pero en su mayoría pudieron evadirse antes de llegar á Veracruz.

Las pérdidas de los franceses durante el sitio ascendieron á más de mil cien hombres entre muertos y heridos.

Libre ya el camino de Méjico con la caída de Puebla, Forey entró en la capital el 10 de junio, evacuada ya por Juárez al acercarse la vanguardia francesa á las órdenes de Bazaine. Le acompañaban el general Almonte y M. Dubois de Saligny. El presidente de la República trasladó su gobierno á San Luis de Potosí.